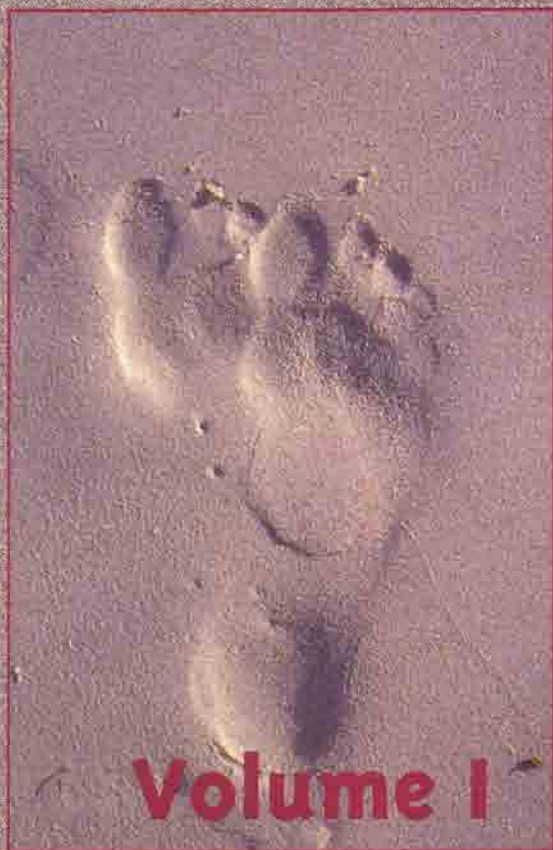




anovar/anosar
estudios de traducción e interpretación



Volume I

Alberto Álvarez Lugrís • Anxo Fernández Ocampo
(editores)

SERVICIO DE PUBLICACIONES



UNIVERSIDADE
DE VIGO

UNIVERSIDADE DE VIGO



anovar/anosar
estudios de traducción e interpretación

Volume I

ALBERTO ÁLVAREZ LUGRÍS
ANXO FERNÁNDEZ OCAMPO
(editores)



1999

SERVICIO DE PUBLICACIÓNS DA UNIVERSIDADE DE VIGO

anovar/anosar estudios de traducción e interpretación



dirixida por
Alberto Álvarez Lugrís e Anxo Fernández Ocampo

SERVICIO DE PUBLICACIÓN DA UNIVERSIDADE DE VIGO

VOLUME I

Alberto Álvarez Lugrís & Anxo Fernández Ocampo (eds.)

*Este libro publícase coa axuda da Universidade de Vigo, Casa dos Tradutores,
Fundación Provigo, Editorial Galaxia*

Número: 22

© da edición: Alberto Álvarez Lugrís e Anxo Fernández Ocampo

© da fotografía da portada: Casa dos Tradutores

1ª edición: 1999

ISBN Colección: 84-8158-139-9 ISBN Volumen I: 84-8158-140-2

Depósito legal: VG-1052-99

Imprime: Tórculo Artes Gráficas, S.A.L. Álvaro Cunqueiro, 3, Vigo.

Sen o autorizaren expresamente por escrito os titulares do *copyright*, queda rigorosamente prohibida, baixo as condicións establecidas pola lei, a reprodución total ou parcial desta obra, incluídos o deseño da cuberta e o logotipo da colección, por calquera medio ou procedemento, sexa cléctrico, químico, óptico, mecánico, de gravación ou mediante fotocopia.

El nuevo Teseo del siglo XXI: el traductor internauta

José Yuste Frías

Universidade de Vigo

Traducir y comunicar hoy

Comunicar es poner en contacto. Traducir es, ante todo, comunicar¹, y, hoy en día, con su ordenador conectado a la "Red de redes", el "traductor-cibernético" puede comunicar(se) más que nunca porque puede poner(se) en contacto (con) muchos más individuos, bibliotecas, ciudades, instituciones, empresas, Universidades, etc. ... que hace una década. Además, gracias a Internet, el "traductor-internauta" dispone de un gran número de posibilidades no sólo de comunicación sino también, y sobre todo, de información. En lo que se conoce normalmente como "La Web" un traductor puede encontrar "casi" toda la documentación y terminología que pueda necesitar buscar puntualmente para realizar sus propias traducciones: desde la simple o especializada información documental sobre un tema determinado (textos paralelos en cualquier idioma con información general o especializada; venta en línea de monografías sobre un campo temático determinado y no sólo de monografías impresas sino también digitales —en CD-ROM; etc.) hasta la detallada y específica documentación terminológica sobre una especialidad en cuestión (diccionarios; glosarios; léxicos y bases de datos en línea con entrada libre —gratuita— o restringida —de pago—). En la Red está "casi" todo... pero, ¿de qué manera? Los criterios de selección de la información depositada en la Red suelen brillar por su ausencia con demasiada frecuencia... y ante esta falta de criterios ¿cómo debe moverse el traductor por la Red? La imagen de la red se ha insertado profundamente en el imaginario cotidiano de la sociedad contemporánea en que vive y trabaja el traductor, pero todavía no se le ha dicho casi nada al traductor sobre las estructuras simbólicas inherentes a esa propia imagen de la "red" que le rodea.

De herramienta de pesca, de caza y hasta de decoración, la simbólica estructura laberíntica de la red ha pasado a sugerir mucho más que todo tipo de conexiones: está virtual y realmente cambiando el orden de las cosas. Ahora bien, como sugieren Eisenstein (1991) y Goody (1979), para que una nueva técnica se imponga y cambie el orden de las cosas debe pasar por un tejido complejo de mediaciones sociales y políticas, de conflictos de intereses y

de conflictos simbólicos. Pues bien, quisiéramos reflexionar unos instantes *hic et nunc* sobre los importantes aspectos simbólicos que la “Red de redes” ha hecho florecer en la actividad cotidiana del traductor.

El hipertexto y la espiral

Para empezar digamos que, en concreto, la propia Red —Internet— se define no tanto por su extensión sino por la frecuencia de visitas que recibe, es decir, por el número de conmutaciones telefónicas; por su propia virtualidad, la Red sólo existe cuando es activada por sus usuarios [V. Offner (1996)]. Ahora bien, cada uno de todos esos usuarios —entre ellos, el propio traductor— que hace posible la existencia de Internet, se reúne con los demás desde y en torno a su propia pantalla, donde tiene la posibilidad de consultar toda una multitud de textos unidos entre sí. Cuando en 1965 Ted Nelson inventó el *hipertexto* soñaba con unir todos los textos existentes, como en la Biblioteca creada por el imaginario Borgiano. Recordemos que el hipertexto es un procedimiento informático inventado para pasar sobre una pantalla de un punto a otro de un texto, sin tener que recorrerlo de cabo a rabo. Lo cual permite no sólo “viajar” de una manera diferente en el texto, sino también “viajar” a otros textos: cortar, pegar, crear enlaces de paso. Esto supone toda una revolución de la lectura cuyas consecuencias todavía no han sido analizadas cuidadosamente en los procesos y productos de la traducción.

En esta aventura de la lectura no lineal, de una palabra de un texto, producido en una situación y un contexto muy determinados, el traductor puede pasar a otro texto con otra situación y otro contexto, totalmente diferentes, en los que esa misma palabra es utilizada, con todos los riesgos de interpretación de los distintos sentidos que ese mismo término puede ir teniendo en sus distintos usos.

Pero quizás el mayor de los cambios con el que se enfrenta el traductor contemporáneo es el de aprender a moverse en un nuevo espacio textual totalmente híbrido, impreso y digital al mismo tiempo. Con la tecnología digital el proceso de lectura se está emancipando del formato libro para realizarse en una auténtica politextualidad en la que interfieren varios tipos no sólo de textos sino también de imágenes, sonidos, películas, bases de datos, mensajerías, redes interactivas... Todo ello genera progresivamente una nueva dimensión, polimorfa, transversal, dinámica de la lectura y, por consiguiente, de la traducción: la nueva locomotora cultural de la metalectura está engendrando lo que podríamos llamar algo así como la “metatraducción”. Estamos asistiendo, casi sin darnos cuenta, a una auténtica explosión de los límites esenciales del texto impreso. El texto digital ya no es lineal, delimitado y fijo como lo es el texto impreso con su extensión espacio-temporal, sino todo lo contrario. Con el hipertexto, el texto no puede ser nunca lineal porque no tiene ni un principio ni un final establecidos de antemano. El traductor que maneja o traduce textos digitales debe ser consciente del nuevo cambio de mentalidad que supone la “hipertextualidad” imperante en un espacio donde ya no vale la bidimensionalidad de la página, donde algo puede tener un principio —que puede no ser nunca el mismo— pero no tiene por qué tener un fin. Principio sin fin, transformación continua del texto, resultan ser

expresiones muy cercanas al concepto que implica la figura de la espiral, la forma simbólica por excelencia para expresar el “plan de organización” de todo lo que se transforma como la vida misma². Con la tecnología digital, cada letra, cada imagen, cada sonido de un hipertexto es un punto de partida —o de llegada— en un movimiento continuo en espiral emprendido por todo usuario que acaba de entrar en la multitud de bifurcaciones laberínticas creadas por la Red de redes llamada Internet.

La espiral y el laberinto

Junto con las primeras espirales, los primeros laberintos resultan ser una de las figuras más antiguas del pensamiento humano, presentes ya diez mil años antes de nuestra era en las zonas más dispares de la geografía humana... en Escandinavia, en Rusia, en India, en el Tíbet, en Grecia, en Bretaña, en América, en África (Bord & Lambert 1977). El laberinto más antiguo que se conoce está en Egipto y se remonta al siglo XIX antes de nuestra era; fue construido sobre una base cuadrada que encerraba doce salas paralelas y un gran número de habitaciones (de las cuales 150 eran subterráneas) para servir de sepultura a los reyes y a los cocodrilos sagrados e impedir, así, que los profanadores se acercaran a la tumba o al santuario.

La estructura simbólica del laberinto se ha podido encontrar en todos los tiempos de la Humanidad y en todos los lugares en los que el hombre ha dejado huella, aunque, por supuesto, el laberinto más célebre ha sido, y sigue siendo, el de Minos de Creta. Todo el mito de Teseo narra un viaje iniciático hacia la muerte con su correspondiente sacrificio y posterior resurrección final. Dédalo (nombre del arquitecto que diseñó el laberinto y que se convirtió en sinónimo del mismo) es el iniciador, el Minotauro el verdugo, Ariadna la recompensa, Teseo el iniciado. En Creta todos los laberintos reales eran iniciáticos: para acceder al estatus de adultos, los jóvenes cretenses debían subir a la cima de las montañas sagradas y bajar de ellas por los desfiladeros y cuevas que las atravesaban. Todos los mitos del laberinto narran, de una manera o de otra, la misma quíntuple historia: un viaje, una prueba, una iniciación, una muerte y una resurrección.

Pero, en realidad, tanto los primeros laberintos de la Antigüedad como las primeras espirales de los tiempos paleolíticos grabadas sobre las rocas, dan testimonio de la incesante preocupación del hombre por las organizaciones en espiral y por su propio desarrollo en espiral. Y es que por mucho que el laberinto sea muy complejo en su forma, resulta ser siempre una espiral que vuelve sobre sí misma. La esencia del laberinto no está tanto en su forma exterior sino en el movimiento en sí engendrado por la espiral que contiene. El trazado de un laberinto puede ser *simple* o *complejo*. Un laberinto es simple cuando no tiene callejones sin salida, consistiendo en una espiral o un camino tortuoso donde resulta muy difícil perderse; la literatura especializada lo llama “unicursal”. Mientras que un laberinto es complejo cuando sí tiene callejones sin salida y resulta muy fácil perderse; recibe entonces el nombre de “multicursal” (Santarcangeli 1974).

Los laberintos cotidianos del traductor

El laberinto siempre ha sido la mejor manera de expresar lo complejo incluso aquello que, aparentemente, no lo es porque nos es más familiar en nuestra realidad cotidiana. En efecto, antes de entrar en Internet, el traductor está rodeado de laberintos en su propia vida de todos los días. En algunos se mueve guiado: por ejemplo, cuando marca un número de teléfono de un cliente, antes de que la comunicación se establezca ha atravesado un laberinto de callejones sin salida donde todas las bifurcaciones han sido programadas de antemano otorgando una a cada cifra: país, ciudad, zona y abonado. En cambio, en otros laberintos de la vida cotidiana, el traductor puede perderse si no está familiarizado con sus trazados: los pasillos de una gran superficie o de un gran centro comercial, los de un hospital, las calles de un polígono industrial, las naves de una gran fábrica multinacional, las indicaciones de un gran museo, las estanterías de una gran biblioteca o las de una librería especializada, etc. ... son unos cuantos ejemplos de "ocupaciones laberínticas" donde el traductor realiza su búsqueda incesante de documentación procurando contactar con el mayor número de fuentes y de informantes posible.

Pero la cosa no acaba aquí. Cualquier traductor mínimamente especializado en los campos temáticos científico y/o técnico se ha dado cuenta de que el laberinto está cada días más presente en ellos. Así, la figura simbólica del laberinto tiene actualmente una gran presencia en dos ciencias importantes: las matemáticas y la física. Por un parte, la teoría de las probabilidades instaura una matemática laberíntica en la que un acontecimiento dado ya no tiene una causa única, con una cierta lógica, sino diversos futuros son igualmente posibles en el tiempo, convertido a su vez en laberinto matemático. Por otra parte, el descubrimiento de las ondas electromagnéticas echa por tierra los principios de la geometría: una red ya no necesita ser rectilínea para ser eficaz; sea cual sea su forma, el tiempo necesario para recorrerla es prácticamente constante. Las nuevas geometrías no euclidianas son esencialmente laberínticas; las teorías modernas de las catástrofes y de las oscilaciones también hacen referencia al laberinto; la física de partículas utiliza las mismas matemáticas que las de la teoría de nudos; la probabilidad invade la propia materia que ya no es representada como un conjunto de cristales alineados sino como un ensamblaje en espirales de laberintos fractales con posiciones inciertas. La física nuclear e incluso la óptica —ciencia por excelencia de la línea recta— utilizan el símbolo del laberinto como metáfora o como soporte real. En anatomía y fisiología, también todo es laberinto: ya hace tiempo que se ha considerado la huella digital de un ser humano como un sistema laberíntico propio de cada individuo; la mejor manera de representar actualmente el cerebro es también un laberinto donde circulan informaciones complejas; incluso el propio ADN es una hélice, espiral y trenza a la vez, fuente de vida laberíntica.

En definitiva, la ciencia viene a corroborar que la vida no está hecha de líneas rectas sino de laberintos de los que el traductor no puede huir, al contrario, debe saber enfrentarse a ellos. Pues bien, la definición que en su *Diccionario de símbolos* dio Juan Eduardo Cirlot del "laberinto" es la que podría tener en mente cualquier traductor convertido en internauta neófito para expresar la sensación obtenida cuando, por vez primera, entra en Internet porque se ha dado cuenta de que, para el ejercicio cotidiano de su profesión, no va a poder

prescindir de los recursos electrónicos en línea que le ofrece la “aldeca global”. ¡Internet es como un laberinto! En efecto, la “Red de redes” se parece cada día más a una construcción digital, “sin aparente finalidad, de complicada estructura y de la cual, una vez en su interior, es imposible o muy difícil encontrar la salida” (Cirlot 1985: 265)... y es que perderse en la multitud de laberintos de la Red suele ser el resultado final de varias horas de primera y neófito navegación.

Un lugar donde es fácil perderse, incluso desanimarse y hasta desesperarse, sólo podía tener la imagen del laberinto como mejor símbolo. Y es que, no es ningún secreto celosamente guardado, el laberinto siempre ha ilustrado perfectamente el funcionamiento técnico de la informática con sus redes, el del microprocesador con su auténtico dédalo de chips; la sucesión de instrucciones binarias de los programas informáticos puede leerse como una permanente serie de bifurcaciones, de toma de decisiones frente a varios caminos; los juegos de ordenador consisten, en su mayoría, en franquear distintos caminos pasando por laberintos sin caer en sus trampas.

Pero Internet no es sólo un laberinto más sino, más bien, muchos laberintos a la vez; “laberinto de laberintos” que, paso a paso, está reorganizando la comunicación mundial de cualquier manifestación social o individual. Gracias a la existencia de este laberinto de laberintos, el traductor especializado de finales de este siglo puede gozar ya de todas las ventajas de un acceso ultrarápido a las mejores fuentes textuales de documentación y terminología sea cual sea la localización de las mismas en el planeta.

El traductor en el laberinto de los laberintos

En 1969 nace lo que más tarde llegará a ser Internet, tan impropriadamente llamado “autopista” de la información, cuyo objetivo es conseguir conectar ordenadores entre sí. Dos ingenieros americanos, Cerf y Kahn, ponen a punto unos laberintos de comunicación (TCP y IP) que permiten crear sin límites “calles” y abonados a una primera red de ordenadores. En 1980, el sistema llega a ser público. En 1991, el sistema Gopher permite crear “túneles” que unen lugares separados en diferentes laberintos de Internet. Por la misma fecha aparece la red *World Wide Web*, que explícitamente hace referencia a una Tela de Araña Mundial (la *Toile d'Araignée Mondiale*). Internet no es ninguna línea recta —una autopista³— sino todo lo contrario: entrecruzamiento de calles y grandes avenidas, mil caminos que conducen unas veces a callejones sin salida y, otras, a encuentros inesperados. Tal y como sucede en las grandes ciudades, Internet se parece cada día más a una laberíntica ciudad medieval sin un arquitecto visible.

Internet es un laberinto de informaciones potencialmente dotado de un número infinito de metas y de bifurcaciones así como de una infinidad de usuarios conectados. El objetivo del viaje no es tanto economizar energía o tiempo, sino producir y transmitir claramente el máximo de informaciones de la forma más agradable posible. Desde un punto de vista puramente técnico, los programas para “navegar” por Internet tienden a resolver el mismo tipo de problemas que plantea la circulación por laberintos. Internet no sólo es el instrumento de comunicación esencial del futuro traductor del siglo XXI sino su herramienta

fundamental de trabajo. El traductor del nuevo milenio, conectado a todos los ordenadores, a todas las bibliotecas y a todas las memorias del planeta (cual nuevo Teseo en el Laberinto de los laberintos), deberá saber dominar las nuevas coordenadas espacio-temporales del medio digital y controlar la fiabilidad de los documentos electrónicos encontrados en él; en realidad, este dominio y control del nuevo espacio-tiempo cibernético resultan ser ya imperativos de primer orden (cuales nuevos hilos de Ariadna en el Laberinto de los laberintos) para todo traductor enfrentado a la documentación y terminología digitales en línea.

Cuando el traductor utiliza las herramientas y los recursos electrónicos en línea, por mucho que trabaje sentado, la mentalidad del traductor no es la de un sedentario sino la de todo "viajero", un auténtico "nómada virtual". La búsqueda de cualquier fuente de documentación electrónica es, ante todo, un "viaje" por el Laberinto de los laberintos. Y es esa mentalidad de viajero, de nómada, la que permite al traductor conseguir los mejores "descubrimientos". La perseverancia, la lentitud, la curiosidad, la astucia, la improvisación, etc. ... todas las virtudes propias del viajero/nómada pueden aplicarse al nuevo traductor internauta. Frente al simple turista, el viajero/nómada siempre ha sabido concebir el tiempo de una forma muy particular: no se trata de economizarlo sino de gastarlo, de invertirlo en lugar de ahorrarlo, de "saber perderlo". Todo laberinto es, física y precisamente, tiempo transformado en espacio; en él todo tiempo toma su tiempo rechazando la prisa loca. Cuando el traductor "persevera" nunca pierde su tiempo porque lo gana al reflexionar antes de actuar. En Internet, el traductor debe aprender a "deambular" por la Red como por un laberinto: encontrar lo que se busca está en relación directa con la capacidad que se tiene para "navegar", es decir, para probar una y otra vez distintos caminos sin dejar de "perseverar" en el intento por muchos "fracasos" que, aparentemente, se hayan producido. Todo ello exige algo a lo que todo traductor profesional está muy acostumbrado: "reaprender" constantemente, ser consciente de que por muchos años de experiencia que se tenga lo importante no es acumular conocimientos sino aprender a pasar cada día pruebas —encargos de traducción— diferentes. Y para reaprender nada mejor que valorar en su justa medida el "saber perderse". Es cierto que en nuestra actual sociedad consumista y capitalista perderse suele ser sinónimo de fracaso: ¡Cuántas veces habremos oído la idea de que perder el tiempo es perder dinero! Hay que andar recto, saber dónde uno va, no reconocer jamás que uno se ha perdido. Nada más alejado de la profunda significación simbólica del laberinto. La filosofía inherente al símbolo del laberinto preconiza una actitud muy diferente. Cuando uno entra en un laberinto, hay que aceptar ser desorientado; vivir fuera del espacio y del tiempo, no conocer de antemano ni el camino ni la duración del viaje —¿quién es capaz de describir detenidamente por dónde va a pasar y cuánto tiempo va a transcurrir en cada enlace antes de iniciar una intensa y fructífera navegación por Internet?; admitir que cuando se cree estar alcanzando el centro del laberinto —lo buscado por el traductor— uno se está quizás alejando. Algunas lenguas han entendido perfectamente el símbolo del laberinto al utilizar una palabra muy próxima a la de "extravía" para designarlo. Así, aunque exista la palabra

labyrinth en alemán, también se emplea *irrweg* e *irrgaten*, del verbo *irren* que significa “errar”. En inglés, *maze* también hace referencia al extravío. En chino, el laberinto es designado mediante la asociación de dos palabras, *Mi* y *kung*, queriendo significar, con una, estar perdido, confuso, fascinado, encantado, y, con la otra, palacio o útero. Por lo tanto, todo traductor debe ser consciente de que perderse en Internet no constituye jamás un fracaso. Porque perdiéndose en Internet, el traductor encuentra lo que creía no ser necesario encontrar y aprende, así, lo que no creía necesario aprender. Saber perderse exige por parte del internauta una importante cualidad: la “curiosidad”. Una cualidad vital del hombre nómada, siempre presente en todo traductor que se precie y esencial para el futuro viajero-traductor-internauta. La curiosidad permite aprender en el extravío, descubrir lo desconocido.

Navegar por Internet es viajar virtualmente, es aceptar ser “otro” que viaja, que atraviesa un laberinto lleno de bifurcaciones, de callejones sin salida, de trampas pero también de grandes y felices descubrimientos cuando se ha llegado al Centro (de información, de documentación) que, en un principio o no, se buscaba. Traducir es iniciar también, en cierta medida, un viaje virtual que atraviesa un cierto tipo de laberinto, con todo lo que ello implica simbólicamente: “alienarse”, aceptar “disfrazarse” para llegar a ser “el otro” tras haber recorrido un camino virtual donde, finalmente, uno acaba por conocerse mejor a sí mismo. De hecho, el traductor internauta que constantemente vive traduciendo, y por lo tanto interpretando, sabe que, en realidad, el texto es como un laberinto, es decir, “una infinidad de posibilidades que deberá actualizar según el momento, según el lugar”, como muy bien lo expresa África Vidal. En definitiva, y más que nunca en la era digital de la información, el texto

Es una Biblioteca, un jardín de senderos que se bifurcan. Como los libros de Ts’ui Pên, ocurren, pueden ocurrir, en el texto (casi) todos los desenlaces (sin llegar a sobreinterpretaciones), cada uno como punto de partida para infinitas bifurcaciones, como una eterna adivinanza que se nos ofrece en tiempos convergentes y paralelos. (Vidal Claramonte 1998: 28)

Notas

¹ Cuando hablamos de “comunicación” queremos referirnos no sólo a las relaciones interpersonales del traductor con sus propios clientes sino también a la comunicación técnica, empresarial (interna o externa), comercial y hasta política que las traducciones realizadas ejercen, cotidianamente, en el mercado profesional.

² “Forme de la vie, de la fécondité et du caractère cyclique tu temps et du cosmos, elle [la espiral] devient comme le “plan d’organisation” du changement et du pouvoir de métamorphose qui fait que tout se transforme toujours [...] Est-ce pour rien d’ailleurs que la spirale [...] exprime [...] la perfection du mouvement et de la genèse sans fin de la même ligne?” (Cazenave 1996: 655)

³ Incluso en la realidad, las autopistas siguen cada vez menos la línea recta porque ésta provoca más atascos y más accidentes. La superposición de dédalos y rotondas son cada día más frecuentes en las nuevas obras viales.

Referencias bibliográficas:

- Bord, J. & Lambert, J.-C. (1977) *Labyrinthes et dédales du monde*, París: Presses de la Connaissance.
- Cazenave, M. [dir.] (1996) *Encyclopédie des symboles*, París: Le Livre de Poche.
- Cirlot, J.-E. (1985) *Diccionario de símbolos*, Barcelona: Labor.
- Conti, P. (1996) *La Géométrie du labyrinthe*, París: Albin Michel.
- Diel, P. (1966) *Le symbolisme dans la mythologie grecque*, París: Payot.
- Eisenstein, E. (1991) *La Révolution de l'imprimé*, París: La Découverte.
- Goody, J. (1979) *La Raison graphique*, París: Minuit.
- Graves, R. (1967) *Les Mythes grecs*, París: Fayard.
- Grimal, P. (1979) *Dictionnaire de la mythologie grecque et romaine*, París: p.u.f.
- Offner, J.-M. (1996) "Réseaux et large technical system: concepts complémentaires ou concurrents?", en *Flux*, n° 26 París: La Documentation française.
- Pasquier, G. (1992) *L'Entrée du labyrinthe*, París: Devry.
- Ragon, M. (1975) *L'Homme et les villes*, París: Albin Michel.
- Reed Dobb, P. (1990) *L'Idée du labyrinthe de l'Antiquité au Moyen Âge*, Nueva York: Cornell University Press.
- Saint-Hilaire, P. de (1992) *L'Univers secret du labyrinthe*, París: Robert Laffont.
- Santarcangeli, P. (1974) *Le Livre des Labyrinthes*, Paris: Gallimard.
- Vidal Claramonte, M^a del Carmen África (1998) *El futuro de la traducción: últimas teorías, nuevas aplicaciones*, Valencia: Institució Alfons El Magnànim.